

Introducción. Una época Jumanji

“La libertad, según Simone Weil, no se puede pensar sin el reconocimiento del límite; por el contrario, la desmesura es la lógica de la guerra y el totalitarismo. El opio del pueblo no es la religión, dijo, sin las esperanzas revolucionarias de una liberación final de la desdicha. La contracara de los opios es la política, que no es más –ni menos– que ponerle cercas al malestar.”

Constanza Michelson, 2021

Jumanji es una película dirigida por Joe Johnston y protagonizada por Robin Williams, basada en el cuento infantil homónimo de Chris Van Allsburg. Con su estreno mundial en 1995 se convirtió en un éxito tan rotundo como el triunfo de Carlos Menem, el domador de la hiperinflación, quien ese mismo año fue reelegido como presidente de la Argentina con el 49,9% de los votos. Los cines se llenaron, mientras en las urnas se convalidó el modelo neoliberal que ya comenzaba a degradarse en nuestro país.

El largometraje se centra en un juego de mesa muy antiguo, tan mágico como tenebroso, y poderosamente atrapante. De hecho, los niños y niñas lo encuentran siguiendo el ruido de unos tambores que los llevan hasta él y quedan cautivados, tentados a arrojar los dados sin antes leer las indicaciones. Así,

desconociendo la inminente peligrosidad, inician la jugada lanzando los hexaedros y las fichas se mueven solas: ya no hay marcha atrás. Entonces, en el centro del tablero, una pantalla indica con eufemismos, metáforas y adivinanzas cuál es la siguiente catástrofe que se avecina. En cada turno se presenta una nueva crisis, un regreso al estado de naturaleza y la invasión de la selva deja la ciudad arrasada, la fábrica quebrada, los vecinos empobrecidos y un paisaje de deterioro total. Los cuatro jugadores enfrentan estos peligros sin más herramientas que lo doméstico, apelando a la creatividad y a la colaboración. En ese devenir no hay autoridad capaz de enfrentar la opulencia de la barbarie y los adultos son ajenos o incapaces frente a lo que ocurre.

Ronda a ronda, los dramas se tornan más violentos y perniciosos. Precisamente por ello, algunos participantes quieren abandonar el juego o hacer trampa. Sin embargo, se dan cuenta que para que la pesadilla se termine no hay otra alternativa más que permanecer juntos, jugar y terminar la partida. Sólo así se le pondrá fin al desastre para volver a la normalidad. Para ello, alguien debe llegar al final del recorrido y cuando eso ocurre, en el centro del tablero aparece la palabra *Jumanji* y por allí se escabullen todos los males.

Desde el siglo XIX este juego de mesa pasa de mano en mano, porque quienes lo encuentran, lo juegan, se aterrorizan y lo descartan sin destruirlo. Por eso, en la escena final de la película se ve a unas niñas que lo descubren enterrado en la arena. Habrá un nuevo *Jumanji* en otras tierras, en otro tiempo. Y en esta geografía, en esta época, las crisis proliferan, las catástrofes se suceden, y los dolores se multiplican con una raíz común:

el neoliberalismo. Se trata de una tecnología civilizatoria que pretende ser única y unívoca. Un dispositivo que intenta gobernarlo todo –las instituciones y lo íntimo–, aunque también encuentra resistencias. ¿Cómo funciona? Verónica Gago¹ propone pensarlo como operando *desde arriba y desde abajo*. El primer sentido se refiere a una nueva fase en el régimen que induce a una transformación en la estatalidad, al desarme de las estructuras del bienestar para garantizar la expansión de la acumulación de capital: un Estado vacío e impotente, incapaz de cuidar alcanzando niveles siderales, mortíferos, de desigualdad. El segundo término apunta a las prácticas y saberes de la comunidad que se desarrollan más allá del signo del gobierno y que implican entronizar el cálculo como matriz subjetiva primordial. En otros términos, formas de *ser* mercantilizadas hasta los huesos en las que impera el individualismo, la meritocracia, el consumo y el descarte.

El liberalismo –y su falsa promesa de que podemos elegir todo, de que nuestra libertad es libre y que tenemos más derechos que obligaciones– se ha enraizado en nuestra cosmovisión, individual e institucional. Es tan atractiva que ha calado hondo, trastocando repertorios de acción, promoviendo consignas y habilitando discursos que se exaltan cada vez que aparece el límite, poniendo en peligro a la otredad y la comunidad. Una aniquilación que, en términos de Alexandra Kohan, se ejecuta bajo el “ideal de desapego, de indolencia, de indiferencia, de

1 María Verónica Gago, *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*, Tinta Limón Ediciones, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2014.

prescindencia, de esmerada desatención al otro”². Para explicar la libertad individual, para alcanzar la felicidad plena, en definitiva, para no sufrir, la receta es que no haya otredad. Precisamente en este sentido, Virginia Cano sostiene que “el neoliberalismo es rico en la proliferación de ‘tecnologías de aislamiento’ y para ello, no sólo hace prosperar las ficciones más engañosas, sino que nos pone a trabajar en nuestra propia precarización”³. Al negar la interdependencia, anula la vulnerabilidad compartida e indeclinable, y sobrecarga al *yo* con un nuevo mandato: con su mera voluntad, debería poder. No hay desigualdades ni jerarquías estructurales, no hay violencias superpuestas ni regulares, no hay nada que coaccione a ese sujeto todopoderoso. Es precisamente en esta negación de la dimensión comunitaria donde se cimienta la dinámica del desacople e inmunización, donde se funda la posibilidad del descarte, su naturalización, así como el corrimiento de la vida del centro y la reproducción de un capitalismo salvaje, feroz y avasallante.

Este drama se cristaliza en tres acontecimientos: el desplazamiento del Estado, la desterritorialización del capital y la impugnación democrática. Así, por un lado, el pasaje al Estado postwestfaliano con un fenomenal desgaste de sus prestaciones

2 Alexandra Kohan, *Y sin embargo el amor. Elogio de lo incierto*, Paidós, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2020, p. 131.

3 Virginia Cano, “Solx no se nace, se llega a estarlo. Ego-liberalismo y auto-precarización afectiva”, en *Los feminismos ante el neoliberalismo*, LatFem-La Cebra, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2018, p. 31.

que se sostienen pero que han perdido su potencia y alcance: ya no resuelven a fondo el problema y las personas deben combinar estrategias para complementar lo que se licuó. El escenario es crítico, especialmente para quienes no pueden prescindir de las instituciones. Pobres en salario, pobres en derechos, pobres en tiempo. Se trata de una estatalidad devaluada en sus funciones –que ofrece menos y malos servicios a la ciudadanía que no puede resolverlo de manera privada– y maniatada por las exigencias de los acreedores internacionales –que restringen las posibilidades vitales de las mayorías–. El desplazamiento de la responsabilidad estatal de proteger frente al riesgo y garantizar la sostenibilidad de la vida se deriva a los hogares y allí a las mujeres de cada familia para absorber las consecuencias del ajuste en los confines domésticos.⁴ Aún así, el Estado sigue siendo la única *zona de promesas*.

Por otro lado, este tiempo se caracteriza también por la desterritorialización del capital que ocupa el centro de la escena pero sin residencia geográfica. La voracidad con que se despliega agudiza las contradicciones en tanto que puede prescindir de los demás actores. Se filtra allí donde la estatalidad se ha corrido y aprovecha su dependencia financiera para acceder a oportunidades de negocios, recorre el mundo a la velocidad de la luz, sin restricciones, y al mismo tiempo ofrece un trabajo que ya no funciona como el ordenador de la vida, sino todo lo contrario. Lo que se impone, en definitiva,

4 Verónica Gago y Lucía Cavallero, *Una lectura feminista de la deuda*, Tinta Limón Ediciones, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2020.

es un horizonte de austeridad, y precarización⁵, de exacerbación de la incertidumbre sin un refugio común.

Finalmente, esta revolución conservadora irrumpió en las estructuras valorativas con una doble impugnación hacia la democracia y al Estado por su incapacidad para resolver las aflicciones sociales, lo cotidiano y lo común. Así, apunta con severidad hacia la noción de justicia social y a la institucionalización de los feminismos. En esas dos batallas se exploya su vocación antidemocrática y su antiestatismo. El argumento, en ambos casos, es que la redistribución de la riqueza y la política feminista generan desigualdades, en tanto que benefician sólo a un grupo ante la ley y que para ello se roba a los demás miembros. En esta operación, las fuerzas de la reacción omiten que es el mercado el que genera las asimetrías sociales que la redistribución y aquellas políticas públicas intentan matizar, al tiempo que desconoce que quienes se benefician también aportan a la riqueza que se reparte. En la insatisfacción democrática, la oda al individuo enraizó la justificación para el desacople con los dolores comunitarios. Así, Javier Milei, el líder que encauza la ira neoliberal reaccionaria en Argentina lo sintetizó: “no tengo por qué sentir vergüenza de ser un hombre blanco, rubio y de ojos celestes”.

Paradójicamente, mientras se pretenden más y nuevas libertades individuales en un mundo cada vez más desigual⁶, hostil y

5 Nancy Fraser, “El capital y los cuidados”, *New left review*, Londres, 2016.

6 Manuela Hoya y Ana Laura Nuñez Rueda, “Qué lindo, pero qué cagada”, *Revista Panamá*, 2-7-21, <https://panamarevista.com/que-lindo-pero-que-cagada/>

cruento, esta tecnología se infiltra incluso entre los feminismos. Esto se expresa en la reproducción de lógicas de individuación⁷, en la atomización temática, en las salidas punitivistas y puritanismo, en la elusión de las redes feministas dentro del Estado y la política, en la implementación de políticas focalizadas, así como la inexistencia de un proyecto general, común, más allá del *pelotero de género*.⁸

Frente al fracaso de las recetas económicas para atender los dolores diarios, se habilita un quiebre en la fe en la democracia, en las instituciones y en la capacidad de transformación de la política. Con la tempestad, se inicia una caza de culpables y en esa lista negra figuran los feminismos –allí la ubicaron los liberales, pero también algunos sectores progresistas como explicación para la desorientación de los últimos cuatro años–. En este marasmo, lo que queda es un Estado roto, una sociedad extenuada, hecha trizas y la esperanza teñida de apatía, desazón y contrademocracia. ¿Acaso debería sorprendernos que en todo el mundo sean multitudes las personas que han perdido la esperanza en los partidos y en los políticos tradicionales, esos mismos que han contribuido al desarrollo del neoliberalismo, incluyendo a los de centroizquierda?⁹

7 Apuntamos a las narrativas que exaltan la libertad y lo individual por sobre lo comunitario.

8 Manuela Hoya y Ana Laura Nuñez Rueda, “Pelotero de género: el reordenamiento político y un nuevo riesgo”, *Revista Panamá*, 7-9-21, <https://panamarevista.com/pelotero-de-genero-el-reordenamiento-politico-y-un-nuevo-riesgo/>

9 Cinzia Arruza, Tithi Bhattacharya y Nancy Fraser, *Feminismo para el 99%. Un manifiesto*, Rara Avis Editorial, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2021, p. 77

Este escenario, que promete perdurar, está invadido por la podredumbre y el hartazgo, por la anomia y la furia que despierta la desigualdad sin respuesta. Entre esas emociones negativas predomina la ira y es la misma mecha que prendió la llama del *Ni Una Menos*. Es la rabia del *nos están matando y nadie hace nada*. Si frente a un nuevo incendio, la salida es antagónica a la del 2015, entonces habrá que revisar la experiencia de los feminismos para ver si allí encontramos alguna clave para surfear este presente que hace claudicar a cualquier optimista. Ciertamente, tras la explosión violeta los feminismos lograron articular un consenso en torno a la violencia de género como un problema público, central en su agenda y concibiendo que se ejerce de múltiples maneras y en los más diversos ámbitos. Ésta se va erigiendo sobre las formas más sutiles, invisibles y naturalizadas socialmente, escalando hasta alcanzar la máxima expresión en el femicidio.¹⁰ Así, se significó que las vejaciones y las desigualdades forman un entramado que se complejiza según la clase, la etnia y la geografía. Justamente por eso, la lucha contra el sexismo no puede dejar intacto el racismo y la pobreza. Se trata de peleas emparentadas frente a la fuerza abrasiva del neoliberalismo que proyecta una economía específica de las violencias que va desde la precariedad que imponen sus políticas hasta los

10 El iceberg de la violencia supone que ésta se va erigiendo sobre bases invisibles y naturalizadas hasta alcanzar la forma más cruenta y definitiva en el femicidio. La metáfora del iceberg permite visibilizar que una pequeña proporción de violencias se nos hacen visibles, mientras el resto son naturalizadas y sostienen a las más visibles y en muchos casos irreversibles.

femicidios y travesticidios: entre el descarte de los cuerpos femeninos y el descarte de las vidas no productivas, ni rentables hay muchos puntos en común.

Desde entonces, con la masividad del movimiento, la densidad de las discusiones y la gimnasia del encuentro se desarrolló una musculatura propia y potente en la arena pública. Las reivindicaciones de los feminismos perdieron su forma espasmódica¹¹ logrando poner en crisis un sistema que no funciona y conquistar injerencia en la controversia de cómo vivir juntas. Ya no solo para reclamar la erradicación de las violencias y las desigualdades en todos los ámbitos de la vida, sino para avanzar en la participación y representación política, para discutir la salud (no)reproductiva, la división sexual del trabajo y la centralidad de las tareas del cuidado, para poner en agenda el rol de la justicia y la institucionalización de los feminismos, entre otros asuntos.

En este devenir, este movimiento heterogéneo se constituyó en un faro para las luchas feministas en la región y el mundo entero. Sin embargo, hoy enfrenta dos limitaciones. En primer lugar, las dificultades para que las conquistas sean efectivas mientras avanza una reacción conservadora con la pretensión de derribar esos derechos adquiridos. En segundo lugar, en la

11 Adriana María Valobra, *El Estado y las mujeres, concepciones en clave feminista*, Estudios Sociales del Estado, Memoria Académica, Universidad Nacional de La Plata, Vol. I, N° 2, segundo semestre de 2015, http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7381/pr.7381.pdf

pluralidad de la *red anidada*¹² de los feminismos emergieron algunas diferencias internas que se postulan como insalvables en relación a la estatalidad, el trabajo sexual, la justicia y el poder. Estas polémicas refieren a asuntos estratégicos para la pulseada contra el sexismo y el neoliberalismo y en ellas se despliegan dos posiciones: un feminismo liberal y un feminismo progresista. El primero privilegia argumentos en torno a la libertad a costa de la igualdad, el reconocimiento y la identidad por sobre la redistribución material y política, el mérito y la individuación frente al Estado concebido como un estorbo. En este posicionamiento no hay vocación de cambio estructural y su mirada tiende a pensar que *la que no sale de la violencia es porque no quiere*. Por otro lado, el feminismo progresista que ordena su acción detrás de objetivos tan vastos que terminan siendo irrealizables, que oscila entre la fuga del Estado y del poder y la acción litigante contra él, y que, en la pretensión de ser moralmente incuestionable, termina fomentando un conservadurismo igual o más severo que el que intenta combatir, en un zigzagueo entre la emancipación y la imposición de nuevos mandatos. Aunque son posiciones bien diferentes, frente a algunos debates, se acercan.

Estas controversias se despliegan en cada uno de los capítulos de este libro, polemizando con estas perspectivas desde el prisma del Feminismo Justicialista que inscribe la lucha por

12 Gisela Zaremberg y Debora Rezende de Almeida, *Feminisms in Latin America. Pro-choice Nested Networks in Mexico and Brazil*, Cambridge University Press, Cambridge, 2022.

la igualdad de género en la pelea por la justicia social, privilegiando lo gregario, el carácter democrático y federal, así como su raigambre en el sur periférico. Esta apuesta es, ante todo, antineoliberal: antepone la igualdad, concibe al Estado como un actor central y recupera la política para ordenar lo común, lo que es de todos, todas, todes.

En el primer capítulo, identificamos que los feminismos coinciden en que la violencia es un problema público e identifican a la estatalidad como responsable de atender este drama. Así, se reconstruyen las conquistas institucionales de los feminismos en nuestro país que, a partir de 2019, lograron la máxima jerarquía estatal a través de la creación del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidades –y sus consecuentes réplicas en algunas jurisdicciones subnacionales–. Sin embargo, advertimos que esto se dio en el preciso momento en el que el Estado parece desmoronarse. Entonces, ¿cómo intervenir para volver a tejer un proyecto general?

En el segundo capítulo, sostenemos que el sistema judicial tiene serios déficits a la hora de impartir justicia. En ese sentido, nos proponemos, por un lado, reflexionar sobre los límites y los alcances de los feminismos en cuanto a los repertorios de acción, el consignismo y el discurso punitivista que nacieron como respuesta a la cerrazón de una parte de la justicia. Por otro lado, abordaremos la pregunta por las condiciones en las que se imparte justicia según el género, la clase social, la raza y la geografía. ¿Es posible salir de la encerrona punitivista-puritanista?

En el tercer capítulo, partimos de analizar los modos en los que el neoliberalismo mercantiliza la sexualidad y cómo

la prostitución se vuelve una opción frente a la austeridad. Intentaremos, entonces, empezar a delinear la agitada controversia en torno al trabajo sexual por ser el asunto en el que los feminismos no hemos logrado construir un consenso, sino más bien todo lo contrario y donde parecen imperar las lógicas que nos proponíamos romper. ¿Podemos ponernos de acuerdo?

Finalmente, atendiendo que en el presente el movimiento feminista ha dejado de tener la centralidad pública que supo tener –más allá de que sigue siendo masivo, que los debates siguen siendo álgidos y que la producción teórica sigue desplegándose–, encontramos una serie de riesgos autoimpuestos sobre los que volver –la atomización, el *pelotero de género* y la fuga del poder– así como un método propio pertinente para los desafíos de la hora: ¿cómo construir el salto político?

La revolución neoliberal conservadora ordena la ira en función de una vocación antidemocrática y antiestatista que apunta contra la tríada justicia social, feminismos y derechos humanos. Por eso, desplegar estas controversias que el movimiento de mujeres y diversidades tiene sobre el Estado, la justicia, la prostitución y el poder, revisitando los desacuerdos y las limitaciones, pero también lo aprendido, abre la posibilidad de repensarnos y trazar una hoja de ruta para seguir enfrentando a la austeridad. En estos tiempos de urgencia, ningún horizonte puede ampliarse si se profundiza el neoliberalismo. De nada nos sirve ser iguales en un mundo que cada vez precariza más la existencia. En esta batalla final, los feminismos se enfrentan a la ira de la reacción a sabiendas de que,

para terminar con los peligros, todos los jugadores deben sentarse a la mesa y tejer lo común para sortear cada desastre, hasta que salga *Jumanji*. Veremos.